

---

## CAPITULO X.

---

En que se dá cuenta del suceso que tuvo la aventura en que se arriesgó Alfonso VI, y de cómo se vió empeñado en una descomunal batalla, en la que por poco perece.

Preveyó el rey lo que despues aconteció, esto es, que no encontrándole en la ciudad, habian de salir á buscarle, y picósele la honrilla, y juró á Dios que, ó habia de morir, ó cuando llegase su hueste él habia de haber dado felice cima y valeroso remate á su aventura.

Y volvía á arrimar los acicates al caballo, que relinchaba de dolor y acrecia en la carrera.

Allá iba, el magnífico rey Alfonso VI, relumbrando bajo la clara luz de la luna llena, abrazada y al pecho la adarga, terciada la lanza, y apercebido por el camino real, silencioso y desierto, hácia la frontera enemiga.

Llegó, en fin, y poco antes, del un lado del camino, salió un jorobado negro, vestido de rojo.

Conoció, por lo que se le habia dicho, el rey, que aquel era el esclavo que á pero Nuñez esperaba, y hablóle en arábigo aljamiado, porque no extrañara el esclavo hablase en árabe puro, que él le hablaba tan bien como un moro, como que habia estado largos años en Toledo con el conde D. Peranzules, amparado del rey Almanzor de la cólera de su hermano el rey D. Sancho el Bravo:

—Cabalga á la grupa y adelante,—le dijo el rey con la voz alterada á propósito.

No recordaba Abdel el acento de D. Pero Nuñez.

Así es que se engañó, porque el rey llevaba una especie de visera sobre el rostro.

Tomóle por D. Pero Nuñez, y saltó con la agilidad de un mono á la grupa.

—Rodeemos por este sendero,—le dijo Abdel,—que si por el camino real seguimos tropezaremos con la guarda que en la frontera se ha puesto, en una fuerza que de prisa se ha hecho, y aprieta bien al caballo, no sea que con alguna ronda de moros nos encontremos.

No contestó el rey, sino que por el sendero

que Abdel le habia indicado, metió á escape su caballo.

El rey no conocia absolutamente el terreno.

Pero aunque estuvo á punto de pasarse más abajo de la quinta de Sayda Noema, Abdel no pudo extrañarlo.

¿Qué motivos tenia para conocer el terreno D. Pero Nuñez de Lara á la grupa de cuyo caballo creia ir Abdel?

Advirtió al rey.

—Refrena el bruto,—le dijo,—hemos llegado al paso del rio.

Y saltó de la grupa, en cuanto el rey hubo refrenado su caballo.

—Por donde vamos á pasar,—dijo Abdel;—pasamos esta tarde; no tengas cuidado alguno; ya sabes que el agua por el vado no me pasa á mí de la cintura; al caballo no le llegará á la cincha.

Y asiéndose al freno del animal, Abdel avanzó.

Al rey le latia el corazon violentamente.

No por cierto de miedo, que el bravo Alfonso VI no le conocia; sino de impaciencia y de deseo por conocer aquella doncella mora, de quien tantos elogios le habia hecho con referencia á D. Pero Nuñez, su reina.

Alfonso VI era muy enamorado, y le estaba sabiendo ya á gloria el jugarle á su vasallo D. Pero Nuñez la mala pasada de quitarle la dama.

En cuanto al ódio que existia entre cristianos y moros, no podia decirse se extendiese de los moros, respecto á las cristianas, ni de los cristianos, respecto á las moras.

El amor, ó mejor dicho, la sensualidad, lo salvaban todo.

Una mujer no puede ser respecto á un hombre enemiga, ó mejor dicho, antipática, si le inspira amor.

Aguijando los deseos y la impaciencia del rey, se veia al otro lado del vado una forma blanca y gentil, que iluminada de lleno por la luz de la luna, se recortaba sobre el fondo densamente oscuro de los espesos árboles.

Abdel-Zinka continuaba marchando cuanto de prisa se lo permitia la fuerza de la corriente.

Al fin llegó á la otra orilla y se encaminó á la blanca figura.

Pero apenas hubo llegado á ella, cuando Abdel lanzó un grito.

Saltó hácia atrás.

Dió algunos pasos vacilantes y cayó entre una maleza desapareciendo en ella.

La mujer que esperaba, al acercarse á ella Abdel, le habia dicho:

—¡Ah, miserable traidor, que traes á mi casa á los cristianos!

Y con un largo puñal de que estaba armada habia dado una terrible puñalada en el pecho á Abdel.

Detúvose atónito Alfonso VI.

La mujer que era alta y esbelta y cuya negra cabellera ondeaba el viento de la noche, permanecía inmóvil delante de él.

Estaba á alguna distancia, y el rey no podia ver su semblante.

Pero le parecia hermosa á maravilla.

Echó pié á tierra y se fué hácia la dama.

Esta le esperó inmóvil.

El rey llegó junto á ella.

Estaba muy léjos de ser la niña de catorce ó quince años de que le habia hablado la reina con referencia al relato de D. Pero Nuñez.

Era una dama, de una peregrina hermosura, de una hermosura extraordinaria; morena, con los cabellos y los ojos negros, dotada de una morbidez y de una turgencia de formas que no podian verse por un hombre dado al sentimiento de la mujer, sin que este hombre sintiese algo semejante á un espasmo.

—¡Ah, poder de Dios,—exclamó el rey,—qué tú, señora, no eres la que yo esperaba encontrar aquí! pero á fé mia que gano en el trueque, porque la otra no podia ser tan hermosa.

—Vete,—le dijo con voz vibrante la mora.— Ya conoces el vado, vuélvete; yo he castigado al traidor, pero no quiero castigarte á tí; vienes solo, y yo desprecio los triunfos fáciles; por otra parte, ella la inocente te ama, y si tú murieras lloraria; yo no quiero que llore, porque la amo como la amaba, á pesar de su deshonestidad, y de su impiedad en haberse dejado arrastrar por los amores de un cristiano. No me repliques, vete.

Como se vé, durante la ausencia de Abdel para ir á esperar á Pero Nuñez de Lara, habia pasado algo en la alquería, puesto que no era Giazul la que esperaba, sino como lo habrán adivinado nuestros lectores, la brava viuda Sayda Noema.

Por una singular coincidencia tampoco era Pero Nuñez el que habia acudido.

Giazul dormia en la misma cámara que Sayda Noema.

La jóven habia contado con aprovechar el sueño de la ilustre viuda, bajar un momento al jardin y rogar á Pero Nuñez se fuese y espera-

se á que se procurase un medio mejor para verse.

Pero Sayda Noema se habia excedido aquella noche en la cena.

Tenia buen diente aquella señora.

Consolaba su viudez satisfaciendo su estómago.

Se habia comido una enorme gallina cocida con una sabrosa salsa, y una entera fuente de alcuzcuz, sin contar con las confituras y las frutas.

Habiáse puesto fatigosa y no habia podido conciliar el sueño.

Pero por no incomodar á Giazul, se habia estado queda y como si hubiese dormido, dejando á su estómago el trabajo de dominar al enemigo con el cual se habia puesto en lucha.

Proviene de cosas vulgares y ridículas, causas que pueden producir grandes efectos.

Como era verano, y caloroso por cierto, se habia dejado abierto el grande agimez del dormitorio, y por él, hasta la mitad del pavimento de mármol en cuyo centro corria una fuente cristalina, llegaba la luz de la luna que arrancaba dulces destellos de las brillantes aguas.

Pendia además, de la cúpula del retrete, una gran lámpara de alabastro

De manera que se veia allí perfectamente.

A ámbos lados habia dos alhamies ó alcobas grandes únicamente para contener cada una de ellas un divan.

Eran más bien lechos embebidos en el muro.

En el uno, á la izquierda del agimez, estaba Sayda Noema luchando con el hartazgo con que habia sobrecargado su estómago, é inmóvil, haciéndose la dormida, por no incomodar á Giazul, á quien amaba tiernamente.

En el divan situado á la derecha del agimez, Giazul aparecia recogida y como entregada á un profundo sueño.

Pero perfectamente despierta y atenta.

Se oyó al fin ese canto del gallo precursor de la media noche.

Habia llegado el momento.

Giazul se incorporó primero.

Se apoyó en uno de sus brazos, y permaneció algunos segundos inmóvil abarcando con una profunda atencion, á Sayda Noema.

Parecióla que estaba dormida.

Entónces se levantó.

Se echó la túnica que tenia junto á sí sobre un cojin, y esbelta y leve sin causar el más leve ruido, deslizándose como una sombra, bella como una ilusion, se acercó á Sayda Noema.

Esta continuó fingiendo que dormía. Pero la latía el corazón sobresaltado, por aquella acción extraña que en Giazul sorprendía.

Continuó fingiéndose dormida.

Giazul la contempló durante algunos segundos.

Luego se volvió.

Avanzó hacia la puerta del retrete para abrir silenciosamente, y desapareció por ella.

En aquel momento Sayda Noema saltó de sobre su diván, como una pantera.

Tomó rápidamente de debajo del almohadon en que había reposado su cabeza un largo puñal, se echó su túnica, partió, siguió á Giazul, y la alcanzó en el momento en que esta salía de la galería de la casa y entraba en el huerto.

Sayda Noema la asió violentamente.

Giazul lanzó un grito de terror.

Al volverse vió el doble y siniestro brillo de los temibles ojos de Sayda Noema, y de la ancha hoja del puñal que mostraba en su mano.

—¡Ah! ¡deshonesta y liviana, que tú eres!— exclamó con acento terrible;— ¡y de una tal criatura me he encargado yo! ¡y qué diría yo á tu padre si tu fé das como una infame rummy! ¿Qué intentas? ¿á qué vienes? ¿qué buscas aquí? Habla, dí, confiesa, ó por los Siete Durmientes que

ha llegado la hora en que el terrible arcángel Azrael descienda sobre tí.

Sobrecogióse Giazul, á pesar de que era brava, como ya pudo verse cuando la conocimos.

Y de tal manera la compelió y la apretó Sayda Noema, que lo confesó todo.

Encerróla Sayda Noema en un camarín del piso bajo.

Despertó á sus esclavos y á sus ballesteros.

Los emboscó cerca del vado, y como debía ser ya la hora de la llegada del audaz cristiano, se fué á esperarle al lado del agua; de modo que, aunque por semejantes incidentes, ni era Pero Nuñez el que había ido á buscar á Giazul ni Giazul la que esperaba á Pero Nuñez.

—Fácil cosa es,—dijo el rey, encantándose en la contemplación de la hermosísima Sayda Noema, y aun creemos que relamiéndose,— decir á un enamorado, vete; pero no es cosa tan fácil, señora mia, que el enamorado se vaya, porque para irse tiene que romperse el corazón, y de miedo al dolor de la rompedura no se vá.

—¡Pero tú eres moro!—exclamó Sayda Noema.

Consistía esto en que como ya no había necesidad de engañar á Abdel, Alfonso VI hablaba, como tan bien sabía hacerlo, en árabe puro.